

REFLEXIONES EN TORNO A LA ESTATUA DE CISNEROS

III

Lo épico, lo bello, lo que lleva el contraste inmutable de la verdad; todo lo creado firmemente por la ciencia pura y la experiencia, persistirá, y no hay facultad humana que lo amengüe ni borre de nuestra conciencia. En cambio, lo nacido de la duda, de la vacilación, de la pasión irreflexiva o alocada, pierde su firmeza y autoridad por carecer de valor objetivo. Con mucha más elegancia y brevedad, el gran pensador Hegel nos dice: «Sólo perviven las formas universales, y lo accidental desaparece necesariamente después de haberse manifestado con intranquila vivacidad».

Por esta verdad inconcusa, la extraordinaria figura de nuestro genio político, el Cardenal Cisneros, a pesar de haber sido combatida acerbamente por sus adversarios, no consiguieron otra cosa que agigantar su relieve, como los arrecifes que afloran en las costas del mar cubiertos de estratos de animáculos fósiles, son acrecentados, en vez de disgregarse a los potentes choques de las olas.

En este tercero y último artículo que dedico al tema con el cual lo intitulo, figuramos en cierto modo todo auténtico español como actor, y en particular, el pueblo alcalaíno. Tal vez alguno de éstos me tilde de pesado o quijote; mas ni por el uno ni el otro epíteto me he de sentir agraviado, porque es corriente el empleo del primer dicho, para designar el hombre detallista, riguroso, justo, gustador de que cada cual cumpla con exactitud su obligación; y respecto al segundo, más de la mitad de los españoles somos quijotes, pues por algo escribió Cervantes su obra inmortal. Quijote fué Cisneros; quijotes los conquistadores de América, y quijote nuestro Caudillo, al dar el salto desde Africa a la Metrópoli, sin tener Marina, sin pertrechos de guerra ni dinero, poseyéndolo todo los rojos, y sin embargo ganó la guerra.

Cuando Dios quiere abate las más altas montañas, y lo que hace falta para la consecución de una cosa es la FE y el ardimiento entusiasta. ¡Quién sabe si, a pesar de las grandes dificultades y mi edad avanzada, octogenaria, algún día no lejano pueda ver satisfechos mis deseos. Mas a falta de esta realización, me queda la intensa alegría de haber cumplido el deber patrio y de ciudadanía a que estamos obligados, tanto los españoles como el mahometano, el inglés, etc., etc. Sí; es cierto que las generaciones jóvenes son los jueces naturales de las viejas; pero es también evidente que adquieren la sagrada e inextinguible obligación de agradecerlas el enorme caudal de riqueza física y espiritual que nos han dejado en bibliotecas y museos, y de consagrar y ensanchar la fama de aquellos hombres que de una u otra manera contribuyeron eficazmente al bienestar y engrandecimiento de los pueblos y de la Humanidad. Uno de éstos es el Cardenal Cisneros, y para honrar justamente su memoria debe levantársele en Alcalá de Henares un monumento digno de la importancia o rango de su señera figura histórica.

Para mejor comprensión de este artículo, hagamos un ligerísimo esquema de la historia o génesis de una campaña en pro de esta idea. Allá por los años de 1907 al 14, el erudito escritor matritense don Pedro



de Répide, tan amante de Alcalá como de la Corte de los Felije, pasábase todos los años temporadas de dos a tres meses entre nosotros, concurriendo muchas tardes a la redacción del periódico «El Eco Complutense», donde se formaba una tertulia familiar que el autor del «Solar de la Bolera» amenizaba con su alegre charla, llena de gracia y de donaires madrileñísimos. Más de una vez le oír decir que tenía cariño al pueblo complutense, porque era su musa; que en él había escrito sus crónicas mejores, y le parecía mentira que los alcalaínos no le hubiesen levantado una estatua al Cardenal. Su anticlericalismo no era óbice para que hablase con respeto venerativo del Regente; como Castelar, dijo de él que «fué el político más grande de España, después de haber escrito los tres gruesos tomos en folio de la Revolución Religiosa». De las últimas palabras de Répide nació la idea de hacer una campaña en pro del Consejero y Confesor de la Reina

Fotografía de la maqueta del monumento al Cardenal Cisneros, proyecto que inició el alcalde complutense don Esteban Azaña, y para el que, incluso, se llegó a constituir una Junta. La foto de la maqueta —es lo que queda de aquel proyecto—, la hemos reproducido del libro de don Anselmo Reymundo «Historia de Alcalá».

Isabel, y en el periódico citado, con gran entusiasmo del director, don Francisco Huerta, alcalaíno cien por cien, y de nativa bondad estimabilísima, se dió comienzo a aquélla.

Mis primeros trabajos fueron encaminados a conocer las causas por las cuales no se realizó el proyecto de la creación de un monumento al Cardenal, propuesto por el culto Alcalde complutense don Esteban Azaña, y de mis pesquisas sólo pude averiguar que se formó una Junta para este objeto, y hallé la fotografía de la maqueta de aquél, publicada por el brillante escritor don Anselmo Reymundo en su interesante «Historia de Alcalá», de cuyo libro la hemos tomado.

Llevaba escritos cuatro artículos de la mencionada campaña, en la que se pedía a los Poderes públicos y al pueblo de Alcalá la estatua del conquistador de Orán; su canonización, y que la Universidad Hispa-



El 27 de febrero de 1913 se inauguró con toda solemnidad esta estatua del Cardenal Cisneros, donada por el Ministerio de Instrucción, y que fué colocada sobre el brocal del pozo donde, al parecer, se va a quitar ahora para trasladarla a otro lugar.

noamericana fuese creada en el edificio que ocupó la Complutense, cuando a la sazón algunos elementos de la Juventud Cisneriana, integrada por don Alejandro Sanmartín, los hermanos Villa, don Andrés Ovejero, don Alberto Segovia y Pérez y algún otro, todos catedráticos de San Carlos y de la Universidad de Madrid, dieron una velada en honor de Cisneros en el Salón de Actos de la Universidad. Con tal motivo, el último citado catedrático, persona amabilísima, y otro de los organizadores, tuvieron la atención de visitar dicho periódico, donde se les entregó los artículos ya publicados de la referida campaña.

A los tres meses de este hecho, el señor Segovia y Pérez me dedicó un artículo en la «Correspondencia de España», en el que, entre otras cosas, me decía lo siguiente: «Mientras usted está secando tinteros, esa estatua existe, y muy bella por cierto, en un cuchitril de la Universidad, no envuelta en raso, sino en telas de araña». Otros periódicos de Alcalá, «El Chorrillo» y «El Porvenir de Alcalá», secundaron esta campaña, dando por resultado que el Ministro de Instrucción, por aquellos días el Conde de Romanones, la donó al pueblo de Alcalá, que la pedía, pero a condición de que fuese colocada sobre el brocal del pozo donde hoy está. El 27 de febrero de 1913 se inauguró con toda solemnidad, pronunciándose sendos discursos.

Pero, ¡ay!, nada hay eterno en este pícaro mundo, y en una de mis frecuentes visitas a las obras de gran envergadura que se vienen haciendo en la Universidad, mi acompañante me informó de que la mencionada estatua iba a ser trasladada a la plaza frente a la rica perla del Renacimiento, noticia que desgarró mi alma. En el acto acudí a mi mente una idea triste, al recordar las tres tallas de piedra existentes en el pórtico del Convento de las Juanas: La Purísima,

San Francisco y San Diego, y mi pobre imaginación veía también la del humilde hijo de Torrelaguna igual que las citadas: sin manos y sin narices; ultrajadas de mil maneras, que la bestia humana sabe hacerlo para autodespersonalizarse y convertirse en animal dañino; para borrar de su mente la imagen que lleva de Dios. Quiera el Eterno que no sea mañana una realidad lo que hoy es un fantasma de mi imaginación.

En mi humilde criterio, el sitio elegido para su colocación no lo juzgo el más a propósito, porque la pequeñez de la talla no admite un alto y rico pedestal sin quebrantar las leyes de las proporciones armónicas, obligando a poner otro de más reducido tamaño, que no entonaría bien con la grandiosidad de la fábrica y extensión de la plaza; pero sobre todo, por la notoria falta de correspondencia con el abolengo del Cardenal, además de que la dejamos expuesta a la acción destructora del tiempo y del insensato gamberrismo. Si la talla pudiese hablar, a buen seguro que optaría por su traslado al cuchitril de donde fué sacada, cuya compañía de insectos y roedores no es tan molesta como la del desalmado e inculto peatón.

A propósito de cuchitril, zaquizamí o desván: si a Répide le extrañó que Cisneros careciese de un monumento en Alcalá, yo reputo como algo inaudito, increíble, el hecho de que esa estatua del escultor Bilches, magistralmente tallada en mármol, por cuyos poros parece fluir el férreo espíritu del Cardenal, no fuese colocada en el sitio de honor del Centro docente, pues no sólo es el continuador de la Universidad Complutense, sino la misma, puesto que fué trasladada a Madrid por orden superior. ¿Tal vez olvido de algún covachuelista?...

Al no respetarse la voluntad del donante y removerla, porque en realidad no existe un motivo formal ni jurídico que lo prohíba, estimo humildemente que los puntos más adecuados para su colocación, con el fin de evitar su deterioro por la acción destructora del tiempo y del gamberrismo, son: el Paraninfo de la Universidad, el Salón de Actos o en la escalera principal; y para el exterior, al Mecenas del Arte, de la Ciencia del espíritu y de las Letras; al creador del Ejército, con el que cimentó la defensa del Reino, del orden y de la justicia, emancipando al pueblo y a la Corona del señorío casi feudal, levántesele un monumento de la grandiosidad de la fábrica, junto a la cual ha de ser colocada la ingente figura del fundador de la Universidad, que durante siglos irradió el saber humano más allá de nuestras fronteras, dejando una estela luminosa de santos y de sabios.

Con ello Alcalá, España entera, había pagado su deuda de gratitud al autor de la «Biblia Poliglota» y reformador del Clero regular y secular; se favorecería al arte y al artista; el pueblo gana en ornamentación, poseyendo las estatuas de los tres hombres más grandes de España: Cervantes, San Ignacio de Loyola y Cisneros; y los turistas que arriben al Compluto, ávidos de conocer y recordar sus grandezas pasadas, ya no les extrañará, como a Répide, la falta imperdonable del monumento al protector de la ciudad, y la censura se trocaría en beneplácito para todos.

La nación francesa, muchos años ha, se la erigió a su Cardenal Richelieu, del que algún historiador pretendiera hacer un paralelo entre ambos próceres, por tener muchos puntos afines, y que trataron de engrandecer a sus reinos; mas los procedimientos de uno y del otro fueron completamente opuestos: el ministro de Luis XIII empleó el terror, llegando a temblar hasta el mismo monarca, y dejó una estela siniestra de sangre; Cisneros, en cambio, se sirvió del amor para la conquista de sus enemigos, y la templanza en

su gobierno, revuelto y agitado por la grandeza y los flamencos. Indudablemente fué éste superior al francés, tanto en bondad como en sabiduría.

¡Españoles y alcalaínos! ¡Seamos agradecidos a ese hombre extraordinario que sacrificó su vida por Dios y por la Patria!; apartemos de nosotros ese espíritu ostracístico, hijo de este siglo escéptico y materialista, que pretende borrar de nuestra conciencia la imagen de Dios, y consagrar como única divinidad la ciencia y el progreso.

¡Amemos a Cisneros!, predestinado del Eterno, para en aquellos días de tempestuosa vorágine llenar el vacío que habían dejado los Reyes Católicos: dirigir el Reino a su destino y abrir las puertas del Imperio y de nuestro Siglo de Oro.

¡Amemos a Cisneros!, que por sus excelsas virtudes le canonizó el pueblo llano de su generación, el cual sintió mejor que nadie las palpitations amorosas del novicio de San Juan de los Reyes, llamándole el Santo Amo.

¡Amemos a Cisneros!, arquetipo de la férrea, hidalga, ascética y hospitalaria raza española; monje de La Salceda y eremita del Castañar, lo contemplamos hambriento del Divino Amor; Regente del Reino, Inquisidor General y Primado de España, y duerme en un tablado sin blancos lienzos; por almohada tiene un rollo de palo revestido de estera; jamás quebrantó la regla en la alimentación, aunque tenía licencia del Papa; nunca se quitó el cilicio de su cuerpo ni usó otro calzado que la sandalia. Gobernante con exacto juicio democrático —porque nada hay más social que el Evangelio de Cristo—, nunca consintió en su gobierno —fuerte como una roca— las audacias de los poderosos contra el débil, porque el cinturón de la justicia siempre lo llevó bien apretado a los lomos. Conquistador de Navarra, Merz el Kebir y en Orán, y, como dijo a Navarro: «Seco y pálido como estoy, si Dios me hubiese dado una armada, conquistaría todas las principales plazas africanas». Es sabido que el pensamiento levantado de Cisneros, síntesis de nuestra tradición, era convertir el Mediterráneo en un lago español, y llevar el Evangelio de Cristo por las ardientes tierras africanas. Teólogo, con un fin acusadísimo de apostolado, cristianizó a los árabes granadinos, mandó traducir al lenguaje vulgar los libros de alta teología para la cultura del pueblo, escribe un catecismo y ordena poner las pilas de agua bendita en todas las iglesias.

¡Amemos a Cisneros, pueblo de Alcalá!, pues te hizo el objeto de sus más puros amores, y para evitar tu escasez en los años de malas cosechas, donó a tu Pósito diez mil fanegas de trigo.

¡Amemos a Cisneros!, porque te convirtió en una colmena de sabiduría, donde vinieron a libar sus mieles los hombres de todo linaje y condición, extendiendo su dulcedumbre a extranjeras universidades; construyó tu Magistral; te esmaltó de colegios para hijos de pobres, incluso para indigentes doncellas, y por último, te legó sus cenizas, perdidas casi durante dos siglos y aventadas después por las hordas rojas, sin que hasta la fecha hayan sido debidamente desagaviadas. A ti, que te forjó con el sello de eternidad, aunque no hubiese nacido en tu seno Cervantes, no le niegues un monumento —que todos verían con regocijo—, como le negó Carlos V la gracia de besarle su mano después de acrecentar y defenderle el Reino, en lucha titánica con los numerosos partidarios de su hermano Fernando.

¡Españoles! ¡Alcalaínos! ¡Amemos a Cisneros!

LUIS LOPEZ DE CASTRO



MANO
prieto





LA CORRIDA DE BENEFICENCIA constituyó el máximo acontecimiento de la temporada

S. E. el Jefe de Estado, que presidió el festejo,
fué entusiásticamente ovacionado por el público

Curro Girón, que confirmó su alternativa, cortó tres
orejas y una el rejoneador Josechu Pérez de Mendoza

A CABA de cumplirse un año más para la Corrida de la Beneficencia, ese festejo grande y hermoso de la temporada, que organiza con mano maestra el Marqués de la Valdavia, y que resuelve triunfalmente el pueblo de Madrid al responder con su caridad y su afición. Una vez más, para bien de los hospitales, el lleno ha sido absoluto. La Plaza de las Ventas, vestida de lujo para este gran festejo de la Diputación, hervía de expectación y entusiasmo a las cinco y media. A esa hora la tarde ha tenido su momento más alto en la emoción al aparecer en el palco Su Excelencia el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, al que acompañaba su esposa, la excelentísima señora doña Carmen Polo de Franco. En este momento, toda la Plaza puesta en pie respetuosamente ha ovacionado a Sus Excelencias, que, sonrientes, han acogido este fervoroso homenaje de cariño y respeto. Estas muestras de entusiasmo se han repetido numerosas veces. En los brindis, en la mitad de la corrida, en su final. Sobre las ocho de la tarde la emoción seguía con aquellos vitores de entusiasmo, con aquellos aplausos que despedían al Generalísimo Franco.

Y ya dentro del festejo, el prólogo lo escribe el rejoneador Josechu Pérez de Mendoza. Aún no hace muchas semanas, Pérez de Mendoza salió a hombros en esta misma Plaza de las Ventas. Como entonces, el joven rejoneador

causa verdadera sensación con su hermoso toreo a caballo, por la perfección de sus montas, por su estupendo toreo, en el que son fuerzas muy poderosas su valor y su arte. Con auténtica precisión clava rejoncillos, banderillas a una y dos manos (alarde majestuoso que se premia con cerradas ovaciones), y con un certero rejón de muerte cierra su brillantísima y triunfal actuación, en la que el público ha admirado largamente la belleza de sus colosales caballos y la maestría y justeza de su toreo a caballo, modelo de perfecciones. El triunfo de Josechu ha sido formidable. Entre el entusiasmo general, ha cortado una oreja y ha dado con ella la vuelta al ruedo. Al final, los entusiastas le han sacado a hombros. El triunfo ha sido merecido y justo. Josechu acababa de ofrecer una lección inolvidable.

* * *

Y éste es Curro Girón. Es el tercer Girón que los madrileños han visto en un plazo de veinte días en la Plaza de las Ventas. (Recordemos con emoción y cariño, en esta hora de triunfo, a Fernando Gago.) Este fruto de la casa supone para César —su hermano— un éxito definitivo. A la sombra del Aguila (de sus alas paternas) ha crecido este fenómeno, que ya puede volar a las más altas cumbres en hermosa soledad. Curro Girón tiene ya vuelo autónomo



La Unión Nacional de Asociaciones Taurinas concedió al Marqués de la Valdavia la Medalla al Mérito Taurino, en atención a la labor y desvelos que en pro de la fiesta nacional ha realizado el Presidente de la Diputación. El acto de la imposición de dicha Medalla se efectuó en las dependencias del Museo Taurino y, con este motivo, destacadas personalidades de nuestra fiesta se reunieron en torno al Marqués de la Valdavia.
(Foto Cano.)

para cientos de fechas. Su triunfo clamoroso de esta tarde, en corrida tan famosa e histórica como es la de Beneficencia, le da derecho a caminar con el peso de su fama y de su éxito sensacional, estableciendo por cuenta propia su campo de batalla. En esta corrida, el joven venezolano ha estado metido de una manera constante en el amor y en la devoción de las gentes. ¡Estos hombres que aceptan su responsabilidad con el corazón son los hombres que llevan a hombros las multitudes! En esta jornada a Curro Girón se le ofrecía la fama... y él ha sabido ganarla, porque para eso está en el terrible juego de los toros, con sus ambiciones y sueños y con una idea fija (como grabada a fuego) en su cerebro: la de ser Aguila. Y la tarde se le ha vencido con el esplendor de su triunfo. Y él se ha ido alto, muy alto, a hombros del estampido de los aplausos..., a hombros luego (cuando ha bajado a la tierra) de los entusiastas, que no han podido contenerse y se han tirado al ruedo para sacarle por encima de las cabezas camino de la calle de Alcalá, la plaza fuerte de toda conquista torera. Mucho ha hecho Curro Girón para merecer este éxito en la Plaza de Madrid. Ha empezado por jugarse la vida. Se la ha jugado de una manera clara y rotunda. Muchos han tenido que esconder su vista en el suelo porque no podían resistir tanta bravura y tanto desprecio al peligro. Su corazón ha inclinado la balanza a su favor de manera inmediata. Y sobre el volcán de su corazón, las llamas formidables de su toreo. Las chispas de este toreo han caído sobre los tendidos encendiendo el entusiasmo en las gentes. El torero, en su arrebato y pasión (con la fuerza natural de los ríos que se salen de madre...), traía el incendio, la guerra... o lo que era lo mismos: la apoteosis. En todas las suertes se mostraba radiante, luminoso (con derroche de fuerza y poderío) y con guapeza singular. Encontraba al toreo en todos los ángulos y daba el toreo desde todos los ángulos, sin quemarse ni afligirse. Tenía la tarde en sus manos (le pertenecía la tarde) y no se la dejó escapar, porque unas veces era su corazón y otras su toreo (espectacular, largo, brillante, redondo y suave) los que le ponían en la cima de la tarde, doblada (como el tallo de esas flores que luego le arrojaron a su paso de triunfador) por su empuje e ilusiones. Grande y decisivo ha estado Curro Girón... Curriyo para sus íntimos, y don Francisco para los miles de aficionados que en esta Plaza se han entregado a su toreo de capa, a su guapa y gallarda andadura con los palos, a su honda y clásica manera de torear con la derecha y con la izquierda, en dos faenas disputadas entre los pitones (cuánto ¡ay!... y luego cuánto ¡olé!), y final-

mente en sus dos espadaos formidables, que vinieron a rematar la gloria de su tarde torera. Tres orejas se ganó el mozo de Venezuela. ¡Señor, tres orejas en Madrid! Una en su primero y las dos en el último. Ya no cabía hacer más..., ya no cabía cortar más trofeos. Quedaba el paseo y la salida a hombros. Y poco después estaba por la calle de Alcalá, camino de la plaza de Manuel Becerra, que para las cosas del toreo viene a ser la primera plaza fuerte para la conquista. Estaba ganada, pues, la batalla. Las gentes, sin recobrase de la emoción de su toreo, le seguían aplaudiendo a su paso por las calles. Poco después, Curro, que ya se había convertido en Aguila, se fué volando a la cumbre. En el pico, además del laurel clásico, llevaba tres orejas. Su triple corona...

* * *

Y la corrida de Antonio Pérez (ilusión del cartel), que no sale, en conjunto, con arreglo a su fama. No da ya facilidades en la tarde. Rompe otras ilusiones. Una de estas ilusiones de las gentes era el ver a Manolo Vázquez, señorío y rumbo en el cartel. El sevillano, sin tener suerte con su lote (técnicamente no puede discutirse lo que hizo, aun cuando parte del público se lo discutió, entre enfados y protestas, por simples cuestiones de forma, sin caer en la cuenta que estos toreros son así por su estilo; lo mismo que otros sólo pueden andar por orilla), no puede rendir todo lo que el público esperaba. Y este no poder rendir es lo que decepciona a la gente y lo que la lleva, al término de sus dos faenas, a la oposición. Pero si nada de lustre y lucido ha podido nacer de su muleta, mucho y muy grandes (¡cómo han cantado aquí los violines!) ha nacido de su capote mágico. En tres quites, Manolo Vázquez ha puesto el toreo (descubierto) en pie. Estos tres quites han sido maravillosos, y en el remate del último, todo lo que es belleza, creación pura y fantasía, se dió con generosidad fabulosa (¡el manantial, señor!). Por estos tres quites, Manolo Vázquez se ganaba un puesto en el recuerdo del público. Le habían protestado con la muleta (y con la espada en su segundo, por empeñarse en matar por arriba, lo que dió lugar al recado), pero también le habían gritado de alegría con el capote. Por su capote de nácar y espumas.

* * *

Y también sin suerte con su lote, Solanito, el torero que el público ha estado ovacionando todo San Isidro. Pero el